

Napoleonet

En lo que está Puigdemont es en una extemporánea carta a los Reyes Magos

ÍÑAKI EZKERRA



Con la estrafalaria pretensión formulada por Puigdemont de que se impongan sanciones a las empresas que se marcharon de Cataluña como consecuencia del desafío independentista, la ofensiva de lo que un día fue buena parte de la convergencia pujolista ha llegado al delirio. Ya no estamos solo ante un órdago secesionista que se pueda interpretar en clave de humillación a la ciudadanía española, sino ante la formulación explícita de un plan surrealista que atenta directamente contra la euroeconomía de libre mercado. Ya no estamos ante un chantaje a Sánchez para escaquearse de unas consecuencias penales y legitimar unos delitos flagrantes. Eso a Junts ya le parece poco. Ya no se conforma con librarse de las penas que deberían comportar sus conductas delictivas, sino que quiere sancionar a quienes han actuado de forma respetuosa con el marco de la legalidad española y europea, cuando no a quienes representan esa legalidad. Ya no nos hallamos ante un problema político, sino psiquiátrico. ¿Qué tipo de proceso, solo ubicable en los parámetros del pensamiento mágico, les ha llevado al huésped de Waterloo y a sus secuaces a pensar siquiera que algo así podría plantearse? ¿Qué cultura política es la suya o cuál es su grado de megalomanía y enajenación mental?

Si el lehendakari Aguirre se hizo acreedor del sobrenombre de Napoleontxu, a Puigdemont habrá que llamarle Napoleonet. Lo que han exigido él y los barandans del chiringuito de la secesión catalana bajo la amenaza de oponerse a unos decretos ante los que se acabaron absteniendo el pasado miércoles no es ya un precio político para no reventar una legislatura, sino una infantiloid fantasía de parvulario. En lo que está ahora Puigdemont es en la extemporánea carta a los Reyes Magos de un niño horrendo de viñeta de tebeo: «Querido Baltasar, solo quiero pedirte este año unas vacaciones para todo el curso, unas buenas multas para mis padres por castigarme sin paga y una sentencia de cárcel para el profesor de matemáticas que me ha suspendido».

Visto con una mínima perspectiva, la exigencia de esas multas que dinamitarían nuestro sistema económico es el resultado de una patológica deriva. Y es que la propia ley de amnistía que Junts exigió a Sánchez para apoyar su investidura, como los espantajos de esas comisiones parlamentarias de investigación creadas para presionar a los jueces, son ya dos pasos que empujan a la UE pese a la perezoza inacción de Bruselas. Que un loco se crea Napoleón no es un problema. El problema viene cuando sale del manicomio y todo el mundo se le cuadra como si, en efecto, fuera Napoleón. Es entonces cuando se crea una realidad paralela que es una ficción manicomio. En esto están volcados Sánchez y el actual PSOE.

Paco y 'Josu Ternera'

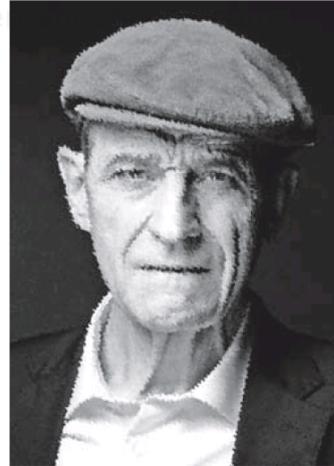
PEDRO ONTOSO

El policía municipal que acompañaba al alcalde de Galdakao asesinado por ETA en 1976 superó doce balazos, pero no el rechazo de una sociedad acobardada

El día de Nochebuena, como años anteriores, volví a recibir señales de Paco: «Paz, amor y felicidad para ti y para todos tus seres queridos». El deseo de paz nunca ha desaparecido de sus mensajes. Francisco Ruiz es el expolicía municipal de Galdakao que recibió doce balazos en el atentado contra el entonces alcalde de la localidad vizcaína, Víctor Legórburu, asesinado por un comando de ETA del que formaba parte José Antonio Urrutikoetxea 'Josu Ternera'. Paco sobrevivió a la balacera, pero nunca superó el rechazo de una sociedad acobardada que le empujó a regresar a su Valdepeñas natal, donde ahora batalla contra una enfermedad despiadada. La indiferencia de sus vecinos le hizo más daño que las balas.

Paco era amigo de mi hermano Julio, testigo de aquella emboscada, aunque no se enteró hasta varias horas después de quienes eran las víctimas. Yo era amigo desde la infancia de Carmelo, hermano del agente local. Nuestros padres, Amancio y Julia los míos, Pascual y Atanasia los suyos, fueron vecinos, puerta con puerta, durante muchos años, en el barrio de La Dinamita, un poblado para trabajadores de la fábrica de Unión Explosivos Riotinto en Arkotxa (Zarátamo). Eran tiempos duros, pero había mucha generosidad y solidaridad entre las familias.

Nuestros padres compartían el riesgo de un trabajo en el que se manejaba nitroglicerina, pólvora, dinamita, éter y alcohol. Cartuchería y material de guerra. Pascual murió en una explosión de mil kilos de goma 2 en el verano de 1974 en las instalaciones; mi padre sobrevivió a aquella catástrofe que segó 22 vidas. Paco ya se había independizado y, tras dejar el oficio de fontanero porque el plomo le afectaba a las manos, había conseguido un puesto de policía municipal en el Ayuntamiento de Galdakao. Solía acompañar al alcalde, al que yo conocía por mi trabajo como becario en la sección de Local de EL CORREO. Una fría mañana de febrero de 1976 ETA acabó con la vida del regi-



dor y dejó malherido al agente. ¿Fruto de un análisis político?

Ese es el argumento que de manera machacona utiliza 'Josu Ternera' en el documental firmado por Jordi Évole para justificar tanta historia de sangre, de la que nunca ha renegado. Después de devolver la felicitación navideña a Paco decidí ver en Netflix la entrevista al que fuera una de las piezas claves de ETA en los años más sangrientos de la banda terrorista. Alguno de mis acompañantes no aguantó tanta sobredosis de cinismo y desért del documental, en el que el antiguo jefe de la organización exhibe un rostro frío que hiela el alma. Solo le brillan sus ojos escrutadores cuando recuerda la compra por 500 francos de su primer arma, una concesión al entrevistador para impregnar de un supuesto romanticismo su insoportable discurso. «Solo la utilicé para defenderme», musita, desentendiéndose de los sanedrines de la muerte en los que se fijaban los objetivos.

'Josu Ternera' nació un 24 de diciembre, una Nochebuena como en la que me felicita Paco, en el seno de una familia

muy católica. 'Euskaldun fededun', vasco y creyente, una identidad moral que se resquebraja a pasos agigantados. La de Urrutikoetxea se evaporó hace ya muchos años. En su adolescencia era de misa casi diaria, acostumbraba a pasar por la iglesia a primera hora de la mañana antes de ir a estudiar. Luego cambió el catecismo por la Parabellum cuando se asilvestró en una camada que se movía por el Alto Nervión vizcaíno. Con 17 años ya estaba en ETA. Toda una vida oficiando en el altar de la patria, una patria que exigía sacrificios humanos. Todo por el pueblo y por el pueblo, aunque la mayoría del pueblo les diera la espalda, en un despotismo de nuevo cuño convertido en totalitarismo.

Mis profesores de Ciencias Políticas defendían aquello de que había que institucionalizar el conflicto para sacarlo de la calle. Algo que cobra sentido con la izquierda abertzale. ¿Y para cuándo el reconocimiento sincero del daño causado, de que ETA nunca debió existir, de que matar estuvo mal? La corriente social buenista predica que no hay que atosigarles. Que hay que olvidar. Por supuesto. Pero no se puede borrar el pasado, no se pueden hacer tachaduras en la historia de este país cerrándola en falso.

Qué vergüenza recordar que hubo un día en el que 'Josu Ternera' ocupó un escaño y fue miembro de la Comisión de Derechos Humanos. Con el beneplácito de partidos de gobierno, ofuscados en una realidad paralela y sin capacidad para leer el entorno social en su conjunto. Si entonces fuimos capaces de digerir aquella burla macabra, ahora masticamos lo que nos echen. Esta misma Nochebuena he escuchado al papa Francisco advertir sobre el «riesgo de vivir la Navidad como una idea pagana de Dios» en referencia a la idolatría del consumismo. Lo mismo se podría aplicar a Euskadi, donde se corre el riesgo de vivir una memoria 'pagana', para nada auténtica, con una imagen falsa de normalización y de convivencia. ¡Dios mío, qué solos se quedan los muertos!

Contra Beckenbauer

PÍO GARCÍA



Aunque queda feo meterse con alguien que acaba de morir, considero necesario, entre tanto obituario elegiaco, que al menos se eleve una voz que revele el lado oscuro de Franz Beckenbauer, un hombre cruel, que enterró el sueño de miles de niños que aspiraban a ser futbolistas.

Hasta que Beckenbauer llegó y desplegó sobre el campo sus maneras episcopales, uno, por malo que fuera, podía fanta-

sear con convertirse en defensa profesional. En las zagas de aquellos equipos (años 70, años 80) abundaban los tipos patibularios y melencidos, que parecían sacados de una película de Eloy de la Iglesia, y cuyas habilidades estaban más relacionadas con las tibias ajenas que con el balón, que se limitaban a despejar sin miramientos. Eran jugadores peligrosos, totémicos, mal afeitados y generalmente feos, a los que solo por aproximación cabía llamar futbo-

listas y que dominaban sus áreas con una desfachatez de dictadores sudamericanos. Alguno acabó su carrera deportiva sin atravesar jamás la línea del medio campo.

Pero eran, al menos, una posibilidad. Un chaval entusiasta y descoordinado sabía que toda defensa iba a necesitar cuatro o cinco soldados abnegados y ardientes, entrenados en el atosigamiento. ¡Había equipos enteros en Segunda B contruidos sobre esos cimientos! Sin embargo, llegó Beckenbauer, ocupó majestuosamente el área y empezó a difundir un mensaje devastador: para jugar al fútbol era imprescindible jugar bien al fútbol. Desde entonces, a los niños poco dotados solo nos queda el refugio del periodismo o de la política, únicos deportes en los que se siguen apreciando las entradas a la altura de la rodilla con los tacos por delante.